



CANTO LÍRICO
A LA LENGUA CASTELLANA

POR

SAMUEL A. LILLO

(HÉRCUL) (AMÍLCAR)

I

Los grandes aluviones
dejan, al descender por las pendientes,
en las tierras estériles, los dones
de cien nuevas simientes
mezcladas en el légamo fecundo
con que van las montañas bienhechoras
renovando las fuerzas creadoras
de los senos escuálidos del mundo.

Así las fuertes razas que invadieron,
siglos ha, las campiñas españolas

con las inundaciones de sus greyes,
dejaron tras de sí, cuando murieron
los choques iracundos de sus olas,
su sangre, sus idiomas y sus leyes,
que, entre arranques magníficos de gloria,
alzaron en sus valles y en su sierra
la raza más heroica de la historia
y la lengua más noble de la tierra.

Largos siglos hacía
que la ardiente y bravía
sangre de los semíticos iberos,
su corriente juntaba
con la linfa serena que animaba
los pechos de los célticos guerreros.

En sus navíos de cortantes proras
guiados por Mercurio y por Citeres,
llegaron de los mares del Levante
caravanas de griegos mercaderes;
y en sus raudas galeras triunfadoras,
la hueste amenazante
de los fieros campeones de Cartago
que plantaron sus tiendas al halago
de las huertas de Murcia y Alicante;
mientras en Gades los fenicios barcos
pasaban bajo los sombríos arcos
de la selva y, subiendo la poética
corriente de su río,
iban a anclar su inmenso poderío
en los frescos jardines de la Bética.

Cual sujetan los montes riberaños
el silencioso empuje de las dunas

que, cegando pastales y lagunas,
avanzan tierra adentro por los llanos,
así los celtibéricos pastores
rechazaron resueltos las oleadas
de los cartagineses invasores
que, desde las riberas conquistadas,
subían a sus rústicos alcores.

Más un día, por sobre sus fronteras,
rasgando de las nieblas mañaneras
los girones flotantes,
cruzó el espacio en bélicas hileras
una bandada de águilas gigantes.

Eran las bravas águilas romanas
que, sembrando la ruína y el estrago,
en las remotas playas africanas
derribaron los muros de Cartago;
subieron por las fértiles riberas
de los mares asiáticos y fueron,
sombreado los claros horizontes,
a la playas helenas
y se posaron en sus sacros montes
y en los tumbados pórticos de Atenas;
pasaron con colérico aleteo
por sobre los germanos y los francos,
cruzaron el salvaje Pirineo
por cumbres y barrancos
y, colmando su anhelo giganteo,
fueron de triunfo en triunfo,
al través de la ibérica meseta,
a unir las puntas del enorme anillo
que encerró, siglos, el poder y el brillo
del imperio más grande del planeta.

Y hasta en la soledad donde su huella
tan solo dejar pudo la alimaña,
alzóse una ciudad soberbia y bella
como una emperatriz de la montaña,
con sus termas, gimnasios y jardines,
en donde un pueblo intrépido, orgulloso
hablaba el armonioso
idioma que a los últimos confines
de la España, los Cayos y Escipiones
llevaron con la voz de sus clarines
y el empuje invasor de sus legiones.

La lengua del saber y la belleza
presto arrolló con su imperial realeza
los salvajes dialectos celtiberos,
y, ungida soberana,
llegó a ser en los tiempos venideros
augusta madre de la lengua hispana.

Como un sordo turbión que se desploma
sin que nadie detenga su carrera,
los bárbaros cayeron sobre Roma;
y aquella ola gigante desbordada
saltó la pirenaica cordillera
con rugidos de bestia desatada,
golpes de lanza y rayos de cuchilla,
e inundó, como enorme marejada,
los codiciados campos de Castilla.

Al empuje indomable
de los rubios colosos,
cayeron con estruendo formidable
los palacios airosos,

los fuertes torreones
y en los circos desiertos
callaron para siempre los leones.
Al hundirse las termas colosales,
rota la fuente, el acueducto herido,
quedó en los polvorientos herbazales
llorando el manatíal, como si fuese
la lágrima postrera del vencido;
en tanto en el cercano
gimnasio que los cónsules alzarán,
como un palenque del saber romano,
reemplazaban las fieras y los vientos
las voces juveniles que cantarán
los versos de Virgilio y de Lucano.

Y la gótica horda del bosqueaje
traía, cual divisa de su escudo,
su bárbaro lenguaje
de vocablos escasos y disformes,
tan áspero y tan rudo
como el recio trotar de sus enormes
caballos de pelea, de grupa ancha,
fornido cuello y talla de gigantes
que, como sorda lluvia de peñascos,
golpearon los llanos de la Mancha
con el redoble de sus férreos cascos.

Del extraño y violento maridaje
entre la dulce y fina
lengua de la vencida gens latina
y el idioma salvaje
de aquel pueblo germano,
como el hijo de un monstruo y una ondina,
surgió el romance hispano.

En medio de su ronca algarabía,
dando al viento los blancos alquiceles,
los árabes en fúlgidos tropeles
invadieron la libre Andalucía
y al primer empellón de sus corceles
tumbaron la española monarquía.

Y desde los desiertos africanos,
armados de sus anchas cimitarras,
corrieron por los campos toledanos
y, escalando las agrias Alpujarras,
fueron sus leones a clavar las garras
a los pies de los montes asturianos.

Traían las kabilas agarenas
una sangre ardorosa y bullidora
calentada en las líbicas arenas,
una alma idealista y soñadora
y una lengua poética y extraña,
hecha para el amor y la epopeya
tierna como una dulce melopeya
grave como el torrente en la montaña.





II

¡Oh! montaña cantábrica sagrada,
tú fuiste el arca santa guardadora
de la raza indomada,
en tus breñales se meció la cuna
de la lengua sonora
que los hijos heroicos del Pelayo,
tras de largas centurias,
llevaron con el rayo
de su fulgente espada
desde el sombrío montañal de Asturias,
hasta el florido carmen de Granada.

Y esta briosa lengua castellana
que bajó de la rústica espesura
como un turbio torrente,
fué río en la llanura
que tuvo, en su corriente
serena y cristalina,
la flexibilidad y galanura

de la frase latina,
la rudeza germana
y la triste y poética dulzura
que le prestara el habla musulmana.

Aspera y brava en su primer carrera,
fué ingenua cual las lenguas infantiles
que no conocen la doblez artera.
En la trama sencilla
de los versos viriles
del Mio Cid, su homérico poema,
que hoy más que nunca entre sus glorias brilla,
surge, como un emblema,
el alma primitiva de Castilla.

Grave y serena se tornó en el labio
del gran Alfonso el Sabio
cuando, en pro de *faciendas* y de vidas,
dictó sobre sus greyes
el código inmortal de sus Partidas,
para alzarse después joven y airosa,
envuelta en la chispeante
y satírica veste
que ondulaba en la prosa del Infante
y en el verso burlón del Arcipreste.





III

¡Oh! lengua de poetas y campeones,
has tenido, como hombres y naciones,
también tu edad de oro,
en que no se escuchaba sino el paso
victorioso y sonoro
de la banda triunfal de tus autores
que, para orgullo de tu noble historia,
coronados de espinas o de flores,
subían a la cumbre de la gloria.

Ved al gran Lope que primero asoma:
¡Salve ¡oh! poeta monstruo que rompiste
el vaso arcaico que encerró hasta entonces
las tragedias de Atenas y de Roma!
Tú al universo atónito le diste,
sobre un eterno pedestal de bronce
que sacudiera el huracán en vano,
un teatro humano, de verdad, fecundo,
sin preceptos ni rancias unidades:
el poético teatro castellano

que, erguido como un faro sobre el mundo,
nos alumbra al través de las edades.

Inclinando al pasar las multitudes,
con su corte de heroicos capitanes,
sus princesas de amor y sus galanes,
espejo fiel de todas las virtudes
del noble pueblo hispano,
por la española escena
con majestad serena
va Calderón, el trágico cristiano.

Cubierto por la egida de Minerva
y por el casco olímpico de Marte
que, como el oro de sus cantos brilla,
ved, poeta y soldado,
joven y apuesto, se levanta Ercilla,
el cantor del Arauco no domado.

Y por la sangre y por el arte, hermanos,
álzanse los Leonardo de Argensola,
que, con los dos halcones sevillanos,
Rioja y Caro, a tiempo detuvieron
la banda de las aves vocingleras
que, envuelta en una exótica aureola,
intentó con sus falsos oropeles,
sus fáciles y efímeros laureles,
bastardear la alta lírica española.

En medio de la turba indiferente,
un viejo hidalgo de ojos ya sin llama
contempla la corriente
de tantos elegidos por la fama.

El está solo, mísero, olvidado;
siente mortal beleño
discurrir por su cuerpo fatigado
y ni mira siquiera hacia el collado
de la gloria, que fué su único sueño.

Ostenta en su semblante
la triste palidez de las prisiones
con huellas de amargura y de quebranto,
y lleva un brazo inerte
por el zarpazo que le dió la muerte
en la heróica jornada de Lepanto.

De pie para escuchar las vibradoras
palabras de su nombre
que hoy suena victorioso
al través de las ondas bullidoras;
y que enrojezca de vergüenza el hombre
que no conozca el nombre de Cervantes
ni sepa que su hidalgo generoso
es el emblema de una casta brava,
de una intrépida raza de gigantes
que, con la cruz o su lanzón de guerra,
fué sembrando por donde caminaba
los ideales más nobles de la tierra.





IV

Atravesando montes y oceanos
y asombrando a la tierra con su hazaña,
un tropel de centauros y de leones
salidos de los campos castellanos,
tras de una lucha homérica
en que fué cada hidalgo una montaña,
las vírgenes comarcas de la América
ganó para los césares de España.

Los briosos campeones de Castilla,
cuando cesaron las heróicas lides,
y enmoheció en la vaina la cuchilla,
mezclaron con la sangre americana
la sangre generosa de los cides,
y dieron a sus hijos arrogantes,
como lazo de unión para el futuro,
la lengua de Rioja y de Cervantes.

Por eso van a tí nuestros loores,
como si nuestros fueran

tus glorias y dolores.
Por eso ¡oh! madre hispana,
nuestros hijos viriles,
unidos a los tuyos, palpitaron
en esta libre tierra americana
al escuchar los yambos varoniles
de la lira de bronce de Quintana;
y lloraron contigo
ante el dolor profundo y sobrehumano
que aun exhalan las rimas
de tu trágico cisne sevillano.

Antes que con su nota limpia y fresca
como el sonido de una fuente clara
el cantor del Idilio y de La Pesca
los vates de la América arrastrara,
en la criolla multitud vibraron,
lo mismo que en Castilla,
el ideal del romántico Espronceda
y el alma legendaria de Zorrilla.

Y mientras voltejeaba en el espacio
de Bello el numen clásico y sereno
que con la grave corrección de Horacio
tuvo toda la miel de un bardo heleno,
cruzó Rubén Darío
fustigando su indómita cuadriga
y con rebelde brío
vencedor de la flámula enemiga,
atravesó los lindes de la América
y fué a esculpir su nombre soberano
entre el aplauso de la gente ibérica
sobre el alto parnaso castellano.

¡Oh! lengua en que rezaron mis abuelos,
ya nadie de tus alas voladoras
sobre estos mundos detendrá los vuelos.
Erguido en la alta proa
de su bajel, saludará el marino
a los barcos que encuentre en su camino
en la lengua viril con que Balboa,
consagrara el imperio castellano
cuando, un día triunfal, sobre las olas
de ese mismo oceano,
desplegó las banderas españolas.

Ya creo ver sobre esta mar indiana,
como una enorme Atlántida que asoma,
la nueva patria hispano-americana
formada por diez jóvenes naciones
unidas por los lazos de este idioma,
sostenida por épicos campeones
y cantada por bardos inmortales,
que, con su voz, nos unirán mañana,
en unos mismos altos ideales,
desde la brava tierra mejicana
hasta los archipiélagos australes.

SAMUEL A. LILLO.
(Amílcar).

